

“LA SOCIEDAD MULTIÉTNICA: PLURALISMO, MULTICULTURALISMO Y EXTRANJEROS”.

Giovanni Sartori.

Madrid, Taurus-Pensamiento, 2001, 139 pp.

DAVID OVIEDO SILVA¹

Las tesis de Samuel Huntington respecto a un choque de civilizaciones aparecen como premonitorias a la luz de los últimos acontecimientos mundiales. Lo interesante es que no sólo demuestran este carácter respecto a traumáticos episodios de facto como el atentado a las Torres Gemelas. También se aplican a la interpretación de tendencias estructurales, fenómenos de larga duración como las tensiones sociopolíticas que involucra la política de inmigración de las democracias europeas respecto a “extraños” culturales como los migrantes de religión islámica. El tema de fondo sería la incompatibilidad entre modos de vida en sociedad: democracia occidental versus fundamentalismo teocrático. ¿Cuáles son los límites de la democracias occidentales? ¿Hasta dónde llega la elasticidad del concepto de tolerancia? ¿En qué se diferencian, distinguiendo sus raíces históricas, las nociones de pluralismo, tolerancia y multiculturalismo? ¿Cuáles son los riesgos del mensaje políticamente correcto de la apertura multicultural?

Giovanni Sartori se hace cargo de estas interrogantes a través de un lúcido análisis histórico y político. El autor construye su estudio especificando términos que el sentido común emplea indistintamente (sociedad abierta, pluralismo, multiculturalismo), define los límites políticos de una genuina sociedad pluralista, analiza la política de inmigración de las democracias europeo-occidentales y establece cómo la mencionada política tiende no sólo a tensionar los límites del pluralismo, sino que a poner en peligro su esencia.

El concepto de “sociedad abierta” se atribuye a Karl Popper, quién precisa los elementos que la definen: racionalismo crítico, libertad individual y tolerancia. A juicio de Sartori, el aspecto más problemático de la aproximación popperiana es el de racionalismo crítico. No obstante es posible identificar su idea fuerza: “la tesis que me parece más aceptable es que una sociedad inflamada de pasiones y demasiado emotiva tiende más a encerrarse que a abrirse”. A pesar del mérito de Popper al originar el concepto de sociedad abierta, su validez para los problemas contemporáneos resulta limitada pues el filósofo austriaco no teorizó en los tiempos de expansión de flujos migratorios islámicos a Europa.

Es por eso que Sartori complementa las ideas de Popper con la noción de pluralismo, esto es, la configuración político-cultural que sublima por un lado el valor de la discrepancia y por otro, determina la importancia del acuerdo respecto a la normas que regulan y definen el marco del proceso discrepante: “el pluralismo afirma que la diversidad y el disenso son valores que enriquecen al individuo y también a su ciudad política”. Es decir, es lícito - y hasta deseable- discutir respecto al contenido de las políticas gubernamentales, en cambio, es ilegítimo disentir respecto al sistema histórico-político que hace posible y confiere valor al debate de lo “público”.

¹ Profesor de Historia y Geografía. Magíster en Investigación Social y Desarrollo. Académico Departamento de Historia. Universidad de Concepción.

A nivel de trayectoria histórica de la era moderna, el pluralismo suele ser reivindicado como logro de la Reforma Protestante. Sartori problematiza esta aseveración: "es verdad que los puritanos afirmaban la libertad de conciencia y de opinión, pero en realidad reivindicaban la libertad de su propia conciencia y opinión, para después ser intolerantes frente a las opiniones y religiones ajenas". En todo caso, el autor admite la importancia política de ciertas causas protestantes de diferenciación frente al poder temporal, rompiendo el nudo entre las esferas de Dios y el César.

El caso histórico protestante es revelador tanto por sus alcances como por su contenido. A nivel de alcance supuso el reforzamiento del valor de la diferencia que desde la fe pasó a la política en el proceso secularizador de las sociedades europeas. Pero en su contenido (postura puritana de los siglos XVI y XVII) emerge el matiz amenazante que Sartori también observa en los flujos migratorios islámicos desde el último tercio del siglo XX. Esto es, respeten el valor de lo que pienso, pero no me pidan que respete el valor de pensamientos alternativos. El agravante histórico es que en el protestantismo sus propios postulados se flexibilizan de la mano de la secularización de la sociedad (derivando en una suerte de humanismo cristiano), pero en el caso islámico se trata de planteamientos originados en culturas ajenas a esta dinámica de secularización. Para Sartori, el musulmán en Europa pertenece a una categoría particularmente reacia a la asimilación cultural, pues no separa el Estado civil del religioso al identificar al ciudadano con el creyente. Bajo el orden occidental se es ciudadano por *ius sanguinis* o *ius soli*, en tanto el musulmán reconoce el pleno título ciudadano sólo a los fieles sujetos a la ley coránica. El punto es que al margen de la enorme diversidad de posibilidades y matices en la gradiente tolerancia-fanatismo dentro del mundo islámico, Sartori se detiene frente a un hecho básico: en sus bases coránicas, el Islam amplía derechos civiles en el creyente y los restringe sobre el incrédulo. Por ende, no se asigna valor alguno a lo diverso, se trata más bien de un obstáculo ideológico a superar. La crítica de Sartori no proviene de un plano teológico cristiano sino que se sustenta en los cimientos histórico políticos del pluralismo: ¿cómo estar de acuerdo con la concesión de derechos ciudadanos a quien no cree en la importancia ética de la concesión de tales derechos?. La mayoría de los migrantes islámicos provienen de sociedades donde no se ha consensuado el mérito intrínseco del pluralismo. El argumento dista de la xenofobia o el racismo; busca desconstruir la retórica multiculturalista inherente a las políticas de inmigración de las democracias europeo-occidentales (especialmente en Francia e Italia) que cifran su buena imagen sobre concesiones de ciudadanía a los nuevos migrantes. El problema es que se confunde multiculturalismo con pluralismo. El multiculturalismo es una realidad de facto, un proceso de diferenciación étnico-histórica que no necesariamente desemboca en el pluralismo de la sociedad abierta: la Unión Soviética de Stalin era posiblemente multicultural, pero ¿dónde yace su heterodoxo pluralismo?. En suma, el multiculturalismo pregonado desde el poder político en Europa Occidental alienta la xenofobia pues motiva la indignación pasional de quienes no son beneficiados con políticas de reconocimiento y discriminación positiva, lo que vulnera el principio central del liberalismo político desde Rousseau: la igualdad ante la ley como resguardo frente a la arbitrariedad.

A pesar del rigor de su razonamiento y la audacia de sus postulados, cabe señalar ciertas limitaciones en el diagnóstico de Sartori: atribuye el incremento de la migración islámica a Europa a la explosión demográfica de los países de origen, subestimando la importancia del proceso de globalización que estimula expectativas occidentales de vida en culturas donde tales aspiraciones no se pueden satisfacer. Por otro lado, al asociar el peligro del fundamentalismo sólo con los flujos migratorios, desconoce la vitalidad del Islam en jóvenes franceses o italianos desilusionados con su matriz occidental: fenómeno inserto en las tendencias socioculturales de búsqueda de trascendencia en sociedades de prosperidad material que responden a las preguntas del cómo, pero se muestran vacías frente a las interrogantes de sentido. Sin embargo, estos déficit de análisis sociocultural no logran eclipsar la brillantez y originalidad de Sartori en la interdisciplina entre historia y teoría política.